

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Junio de 1935

Núm. 120

Puntos de vista

Tregua tardía

Por fin la tregua del Chaco. Tarde, sin duda, porque el acuerdo firmado por los cancilleres en Buenos Aires, el día 12 de junio, pudo ser firmado antes. Antes de la matanza inútil, de la matanza estéril, que mantuvo suspendida sobre América hispana la amenaza de un conflicto continental. Se ha gastado un torrente copioso de tinta, un caudal abundante de buenas palabras. Y a despecho de las ideas democráticas con las cuales el americanismo se enjuaga siempre la boca, la guerra fué la confirmación de que las ideas democráticas no son carne y realidad en esta América tan llevada y traída en sus protocolos por los hilos no siempre visibles de la diplomacia.

Para los observadores imparciales, para los que nada tienen que ver con las intrigas o conversaciones secretas, para los que caminan por los senderos de otras actividades, para los estudiantes, para los intelectuales, para los que no poseen otra alcurnia que su propia postura en el escenario americano, esta tregua firmada al tercer año de matanza cuando pudo ser firmada, dos años antes, carece de explicación satisfactoria. No serán los muertos jóvenes que cayeron en las zonas palúdicas del Chaco quienes expliquen el contrasentido en el cual ha naufragado una vez más el concepto de la democracia. No serán las madres ni los huérfanos, los mutilados, o los muertos de sed y de angustia en las espantosas soledades de la planicie chaqueña, los que digan la palabra explicativa

de este paso tardío de la tregua. Por supuesto que no queremos ahora aminorar los esfuerzos que hicieron los gobiernos para poner término al conflicto, ni se trata de empequeñecer la obra pacifista del gobierno de Chile. No es esa nuestra intención, ni cabría ella entre los márgenes de estos comentarios, que mes a mes, entregamos a nuestros lectores. Simplemente se quiere poner de relieve un hecho singular, casi inconcebible. Los lectores de esta revista conocen los insistentes llamados que desde estas columnas hicimos, a los hombres de pensamiento de América para que unidos en el propósito de defender el patrimonio democrático con que estas nacionalidades surgieron a la vida libre, promovieran en vastos movimientos de opinión, la paz que todos anhelaban. La fibra popular permaneció impasible. Estuvo muda. No se alteró con las sangrientas arremetidas de los ejércitos, ni creyó que su intervención acarrearía modificaciones esenciales en la situación creada por la disputa del Chaco.

Con largas intermitencias se sucedieron débiles movimientos de protesta, en distintas naciones. Organismos aislados, sin fuerza alguna en el ambiente, propiciaron con buena fe indiscutible, algunas ofensivas de paz.

No tuvieron éxito. Faltaba ciertamente, la forma continental, la fuerza moral determinada por vastos movimientos, como una oleada, para que se lograra poner término a esa bárbara matanza que ha afrentado a América, durante tres años. Y en este fracaso reside la decepción de los observadores imparciales. Porque vuelve a encontrarse en el continente, la desunión tradicional, el aislamiento también tradicional de los pueblos, que no se conocen ni se respetan en sus ideas de generosidad o de americanismo. La guerra del Chaco prosperó en medio del repudio general de América; sin embargo, pudo mantenerse durante tres años su tensión bélica. ¿No es esto acaso un contrasentido que hace dudar de la potencialidad humanitaria de estos pueblos, ricos en intenciones, pero lentos y tardíos para la acción rápida y eficaz?

Tal es nuestro punto de vista, que no desconoce los beneficios que la paz traerá, lograda al fin, por los gobiernos mediadores. Pero esta paz no excluye que dejemos constancia de nuestra protesta, especialmente porque la democracia americana ha demostrado a todo lo largo del conflicto que ella fué ineficaz para poner un término a la guerra en los instantes en que más urgente era hacerlo. La economía de los pueblos en conflicto, desangrada y maltrecha, las vidas sacrificadas sin beneficio alguno, puesto que nada noble, nada constructivo, nada ejemplar, tiene sentido grande y substantivo en esa guerra—los heroismos individuales son de todas las guerras y ya no interesan ni sirven a la humanidad—las repercusiones largas y angustiosas que determinará a través del tiempo, las dificultades que sobrevendrán más adelante y los peligrosos vaivenes de la preparación misma del clima de paz, son otros tantos motivos que aconsejaban con impostergable energía, la cesación de la guerra, mucho antes de la fecha en que los mediadores se reunieron en la capital argentina.

Celebramos la tregua como un acontecimiento grande en la vida de América. Y pueda ser que este continente, aproveche las lecciones amargas que se desprendieron del conflicto mismo, y las lecciones también dignas de ser sutilmente pesadas de la falta de solidaridad de las fuerzas democráticas de las naciones que no pudieron o no quisieron promover con anterioridad, los impulsos que habrían terminado antes con la incongruente matanza del Chaco.